

«—Rosa placentera, joya de amor santo, topacio castísimo, claridad sin sombra, tú tiendes una mano compasiva al acongojado, y eres puerto de salvación en la tormenta.»

«—Águila caudalosa que remontas tu vuelo á lo alto, puerta sagrada del templo, oye nuestra plegaria: defiéndenos y ruega por nosotros.»

Grande, muy grande es el pasmo de los recién venidos al ver tanta muchedumbre; porque ciertamente grande, muy grande es la devoción á la Virgen de Montserrat.

Allí miran á sus hermanos de todas las provincias de España; allí oyen la dulce habla del hijo de Italia á la par de las oraciones del que mora en las márgenes del Sena, tierra fecunda en caballeros; y allí contemplan los dorados rizos y ojos azules del blanco germano, que brillan junto á la cabellera, negra como las alas del cuervo, del que se adormece al arrullo del mar en Sicilia, ó con las frescas brisas de Sorrento (1).

Oís cuál hondamente resuena el órgano dentro de las sagradas naves, y cómo el eco caprichoso repite los rezos de la comunidad, que con sendos cirios va lentamente bajando del altar á recibir la procesión de los romeros? El venerable abad, que viste los adornos pontificales sobre el hábito de San Benito, aparece en lo alto de las gradas, y con los ojos levantados y las manos extendidas invoca la gracia del cielo sobre los devotos

(1) Casi todos los pueblos de Cataluña tenían día señalado al año para subir en procesión á Montserrat; varios de Francia asistían también procesionalmente, y además de los romeros de todas las provincias españolas, acudían extranjeros en número crecidísimo. Podrá cualquiera formar un cálculo aproximado de la concurrencia diaria, leyendo lo que dice ARGÁIZ, *Perla de Cataluña*, pág. 223 y 24: «En el año de 1624, yo fray Mateo Oliver confesé, desde primeros de Enero de el dicho año hasta último de Diciembre del mesmo, de Franceses ó Flamencos y otras naciones de lengua francesa cinco mil y quinientas y cincuenta y dos personas.» Y después de enumerar los individuos de la casa, sigue copiando un libro de gasto en estos términos: «Fuera desto, en la Hospedería de gente principal, peregrinos y pobres, suele acudir mucha gente por todo el año, y en algunas festividades se han contado en un día, sin la gente de casa, nueve mil setecientas y quince personas, y á todas horas se les da de comer, pan y vino y lo demás, conforme á la calidad de las personas, y á dos y á tres días;» añadiendo que en un solo año se dió comida y aposento á 3829 eclesiásticos ó regulares.

de la Virgen, y con su diestra, traza sobre sus cabezas el signo cristiano.

Oh! quién podría contar las riquezas que allí pasman á los romeros! Sus ojos no aciertan á contar el número de las bellas lámparas, dádiva de los reyes, de los poderosos y también de las buenas y piadosas villas; y al mirar los cirios gigantes que arden perpetuamente: «En verdad, exclaman, la morada es esta de la Virgen (1).»

Y cuando los solícitos sacristanes les abren el tesoro de la sacristía, cuando les deslumbran los frontales, los tapices y adornos, las joyas, los vestidos, los vasos y candelabros, allí juntan las manos y repiten:

«¿Quién tales maravillas vió? en verdad la morada es esta de la Virgen.»

Pues al subir trémulos de veneración al camarín de la Madre de Dios, cuando el fuego de la piedad les embarga el uso de sus potencias y hace latir con fuerza sus corazones, al ir á besar la mano á María y á su Hijo, si sus ojos se atreven á mirar aquel divino rostro, bájense con temor sorprendidos de

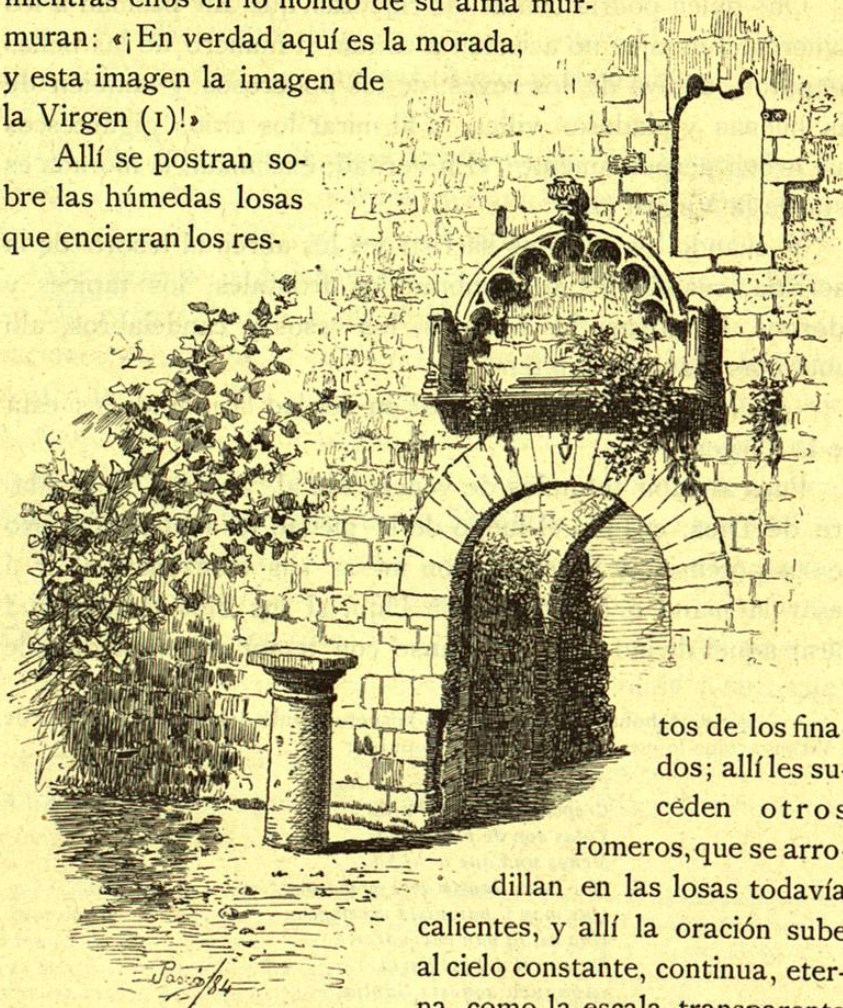
(1) Cerca de ochenta lámparas ardían perpetuamente delante del solo altar de la Virgen, como lo menciona la canción popular:

*Fins setanta quatre llantias
Creman devant del altar;
Totas son de plata fina
Menos una que n' hi há,
Que es la llantia del rey moro,
Que may l' han vista cremar.
Una nil la van encendrer,
Un angel del cel parlá:
«Apagueu aquesta llantia,
»Si no 'l mon s' enfonsará.»*

Una de las más notables era la que el duque de Toscana en 1669 regaló al monasterio, pues era de plata, exquisitamente trabajada, y pesaba siete arrobas y media. La lámpara del rey moro, que recuerda la canción, tal vez sea la linterna ó farol de la capitana del turco, que en Lepanto adquirió D. Juan de Austria, y ofreció después á Montserrat. Muchísimas poblaciones de Cataluña tenían perpetuamente en aquel santuario un cirio cada una, todos tan abultados, que el menor pesaba diez quintales, llegando algunos á veinte y cinco; y cada año se les renovaba la cera que se había gastado en el anterior, bien que se quitaron de la iglesia cuando D. Juan de Austria la mandó dorar.

tanta majestad y magnificencia, heridos por el brillo de las coronas de oro, en que arden millares de diamantes y esmeraldas, mientras ellos en lo hondo de su alma murmuran: «¡En verdad aquí es la morada, y esta imagen la imagen de la Virgen (1)!»

Allí se postran sobre las húmedas losas que encierran los res-



MONTSERRAT
PUERTA DEL ANTIGUO MONASTERIO

tos de los finados; allí les suceden otros romeros, que se arrojan en las losas todavía calientes, y allí la oración sube al cielo constante, continua, eterna, como la escala transparente que debe unir la tierra con el cielo.

Entretanto el movimiento no cesa afuera; óyense las voces

(1) Difícil sería enumerar exactamente todas las joyas y demás piezas de valor que contenía el tesoro de la sacristía, pues con la devoción fué siempre creciendo la munificencia de los reyes y poderosos, no sólo nacionales, sino también

de despedida de los que regresan á sus casas y de los que llegan, los silbidos de los que se llaman, el ladrar de los perros y el relinchar de los caballos, los gritos del buhonero y la cantinela del pobre ministril, que de cuando en cuando interrumpe con un prelude de su arpa, descolorida por el sol y la lluvia, la balada del ermitaño Garín y de la linda Riquildis, hija del buen conde Wifredo.

Apresuraos, bellas niñas; guiad, guiad, vosotros los gentiles mancebos; el sol tiñe la corriente del Llobregat con el oro de mediodía, y las ermitas de los pobres solitarios están muy lejos. Visitemos los altos picos, donde el hombre de Dios ha construído su cabaña junto al nido del halcón, y entremos en la *Cueva del diablo*, ahora que el reflejo del sol ahuyenta los espíritus, antes que las tinieblas de la noche ¡Jesús-María! traigan las feas visiones y los gemidos de la doncella degollada (1)!

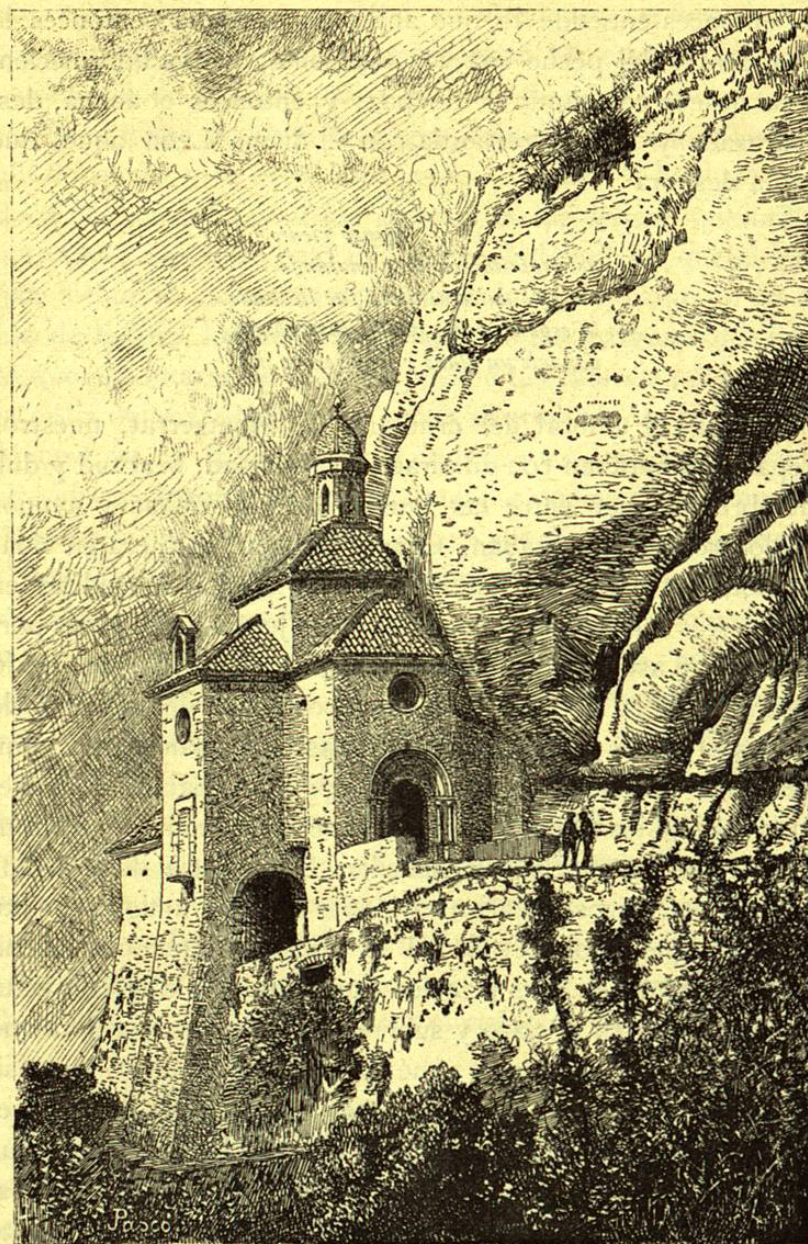
II

Una naturaleza horrible arredraba á nuestros antepasados, que subían á las ermitas por las varias sendas y peligrosas escaleras que á ellas conducen: ora como colgados en el aire,

extranjeros. Baste indicar lo que Argáiz, y Serra y Postius dicen del Viril y principales coronas de la Virgen y de Jesús. El viril, que era de oro, llevaba 1106 diamantes, más de 1000 perlas preciosas, 107 ópalos, 3 grandes zafiros, algunas ricas turquesas, y en lo alto una pluma de 15 ópalos, estimada en 4000 pesos, regalo de un príncipe. La Virgen tenía cuatro ricas coronas; una de ellas estaba evaluada en 50,000 ducados; y otra, que era de oro, contenía 1124 diamantes, de los cuales cinco se estimaban en 500 ducados cada uno, 1800 perlas, 38 esmeraldas, 21 zafiros y 5 rubies, y remataba en un navío de oro y diamantes, que valía 18,000 pesos, pesando el todo más de dos arrobas. Un monje flamenco la trabajó en el mismo monasterio con varias piezas y joyas del tesoro, y estuvo 27 años en concluirla. De las tres coronas de Jesús era la más notable una de oro, tachonada con 238 diamantes, 130 perlas de gran valor, y algunos rubies y esmeraldas, evaluada en 18,000 ducados.

(1) Se refiere á la tan sabida tradición de Fray Juan Garín, que tentado del demonio violó y degolló á la hija del conde Wifredo, y al fin hizo tan áspera penitencia que el mismo conde le tomó por fiera y le llevó á su palacio, donde un hijo suyo de tres meses le anunció que Dios le había perdonado. Todavía enseñan en Montserrat dos cuevas, con el nombre de Garín la una, y la otra del Diablo.

miraban con pavor los derrumbaderos, que de pico en pico se prolongan hasta el abismo del río; ora masas pardas é inmensas amenazaban sus cabezas; y ora al doblar la punta de una roca, tendíase á su vista un vasto panorama, en cuyo fondo asomaban tal vez cumbres nevadas. El viento traíales en sus alas caprichosas las armonías del órgano y del canto, cuyos sonos profundos y lejanos cobraban algo de fantástico y temeroso al quebrarse en aquellos colosos fríos de roca, bien como los últimos ruidos del mundo que dejaban atrás, ó por mejor decir, como los acentos intermedios entre el mundo y el cielo á que caminaban. Altas, muy altas aparecían las ermitas; todas en la cima de los peñones, todas aisladas en los aires, como puntos de esperanza; y la senda, como senda de esperanza, ¡ay! ¡cuán difícil y trabajosa!—Así una imagen vaga, una luz incierta nos lleva en el mundo de desengaño en desengaño; ora hundida en los negros derrumbaderos, apenas brilla á nuestros ojos; ora entre las tinieblas, lanza una claridad que nos llama tras sí; y bien que siempre huye adelante como un fuego fatuo, ¡infeliz el corazón en que ella no refleja! Tras la pérdida de las ilusiones, el varón fuerte la ve posada tranquilamente en alta cima desgajada, donde no hay vegetación ni vida al parecer; y si sus santos deseos de felicidad hacen que ponga el pié en el áspero sendero, como el soldado arroja las piezas pesadas para subir más ligero al asalto, uno á uno va él arrojando tras sí los objetos que le recuerdan el mundo y de que quisiera rodearse aún en la soledad, pues anchas gotas de sudor bañan su frente, y bien han menester sus piés del auxilio de sus manos. Mas en cambio, arriba ¡cuánta serenidad! ¡cuánto sosiego! Desde aquella pobre casucha, desde aquella pelada roca, asiste á las escenas más imponentes de la naturaleza: el sol levántase cada día de su lecho de oro sobre el mar lejano; los valles y las cumbres envían á lo alto un murmurio que se difunde á manera de armonía grande y poderosa; y cuando á su vez la luna inunda de un vapor de plata los espacios, y á través de aquel velo resplandecen



MONTSERRAT.—LA CUEVA DE LA VIRGEN

las estrellas, el concierto de la naturaleza penetra en su corazón; entonces entiende lo que antes no entendía; entonces le suena dentro del pecho una voz suavísima, que va adormeciendo sus deseos con cantares de paz; y entonces el ánimo, desembarazada y limpia, recuerda con el divino León aquel que sopló á deshora

. manso viento
del espíritu eterno, y enviando
un aire dulce al alma fué llevando
la espesa niebla que la luz cubría,
dándole un claro y muy sereno día.

Al pisar el umbral del ermitaño de Montserrat, nuestros antepasados miraban con admiración la sanidad, beatitud y dulcedumbre que por entre las huellas de las vigiliass y ayunos aquellos rostros respiraban. Orar y trabajar, esta era su vida; bien como en el Oriente hundiéronse un tiempo á meditar en los desiertos los Antonios, los Pablos, los Jerónimos, figuras portentosas que asombran y llenan las soledades del Egipto, de la Palestina y de la Tebaida. Si las aves cuidaban del alimento de aquellos primeros solitarios, si las fieras les hacían mansa compañía y les cavaban la sepultura; los pintados pajarillos obedecían la voz de los ermitaños de Montserrat, y como un instinto sobrenatural les revelase la sencillez é inocencia de aquellos hombres inofensivos, bajaban cariñosos á partir amigablemente la comida que ellos llevaban á la boca, de donde con mucho amor se la tomaban. Las primeras lumbreras de la iglesia estudiaron al Señor en el claro y sublime libro de la naturaleza que á sus ojos estaba abierto; y ¡qué ideas de Dios, de la inmensidad, de la vida eterna debieron tener los solitarios de Montserrat? ¿Cómo no pensar en Dios, cuando les rodeaban sus maravillas? ¿Cómo no abismarse en la inmensidad de Dios, cuando sobre sus cabezas encorvábese inmensa é infinitamente la bóveda de los cielos, cuando contemplaban el curso ordenado de los astros, tan pequeños para aquella grandeza como una

avecilla para la atmósfera? ¿Cómo no sentirse inspirados, cómo no cantar al Señor, cuando á su alrededor se formaban las tempestades, cuando mil ecos repetían el retumbo del trueno estremeciendo aquellas moles grandiosas, que aparecían envueltas en el fuego de los relámpagos, cuando la negra nube desde allí descendía y se extendía como un mar por la llanura, robando á las ciudades y á los campos la luz del sol, que brillaba entretanto más puro para el hombre de Dios? Lo que el Maronita siente en las cimas del Líbano, lo que el Copto en las arenas de Egipto, lo que el Nestoriano en las márgenes del Tigris, lo que el solitario de Abisinia junto á las cataratas del Nilo y á la orilla del mar Rojo, esto sentía el ermitaño de la Virgen de Montserrat; y la situación de su retiro no era para consagrar su vida al socorro de los extraviados, como el misionero de América ó el religioso de los Alpes; sus días deslizábanse puros y santos como los de aquellos anacoretas, y como ellos, *después de conversar con los ángeles* (1), volvía á tomar el humilde trabajo con sus manos. Ni el frío sudor del injusto, ni las tristes imaginaciones del ambicioso le conturbaban el sueño; los mismos bramidos de la tempestad y del viento se lo procuraban tranquilo y regalado; sólo lo rompía el toque de la campana ó el rezo del coro que subía entre la oscuridad; y si con las últimas nieblas de la noche un recuerdo del mundo cruzaba con aspecto seductor por delante de su espíritu, si renovándose las sensaciones de lo pasado encendían en él trabajosa batalla, un coro de voces infantiles saludaba á poco en el templo la Estrella de la mañana (2), que serenaba el cielo y ahuyentaba los vapo-

(1) Tomamos esta imagen de un sabio artículo de nuestro amigo el Sr. M. Milá sobre moral literaria, en el cual, con la ojeada segura y profunda que le distingue, considera bajo aquel respeto la escuela escéptica y Walter-Scott.

(2) Había en Montserrat escuela de música, cuyos alumnos, que eran monacillos, cantaban los loores de la Virgen, particularmente en los oficios matinales. Famosos instrumentistas, contrapuntistas y algunos cantores de Cataluña salieron de aquella escuela, y en ella aprendió los principios del arte el célebre Fernando Sor, el grande autor de fantasías y barcarolas, el rival de Bellini en cantos

res, y sus acentos formaban un conjunto celestial que decía: —¡Feliz, feliz el hombre inocente! El ojo complacido de Dios no se aparta de él; los ángeles se miran en su alma: sus días pasan sin ruido y en paz; y cuando es cumplida su edad sobre la tierra, él puede presentarse al trono del Señor con el manto de la verdad y de la justicia, y levantar á él sus manos puras y limpias de sangre: ¡feliz, feliz el hombre inocente!

III

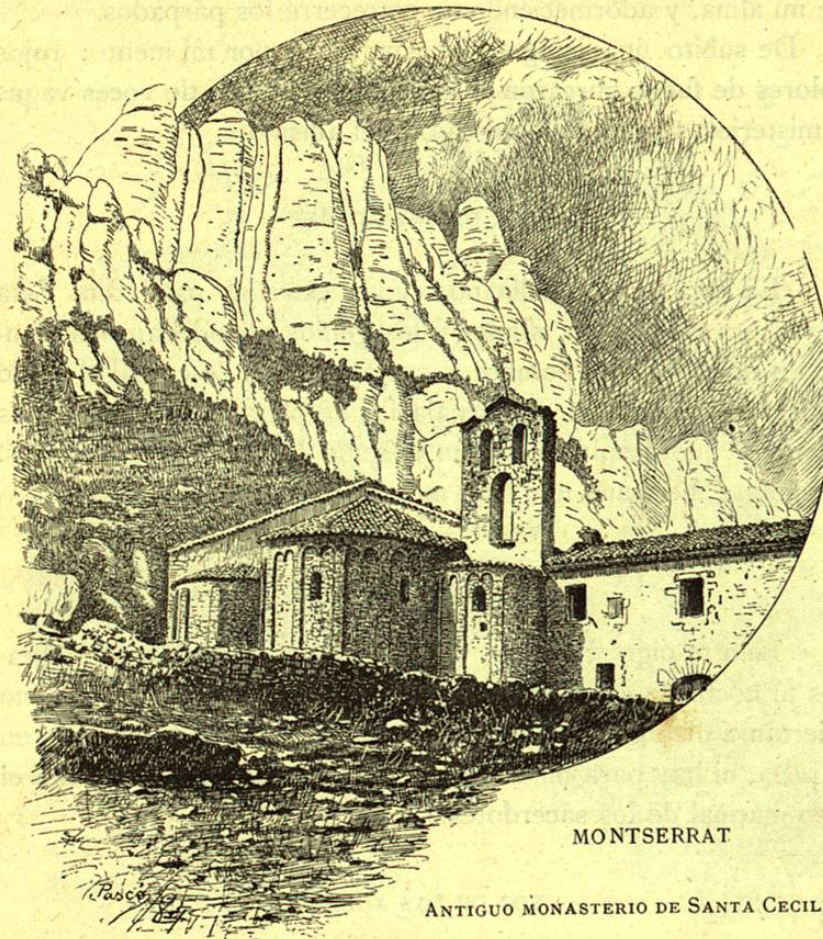
El sol se había hundido en el ocaso, y á la luz del crepúsculo se dilataban las sombras, cuando con el corazón henchido de entusiasmo descendíamos de las alturas. Levantárase ya la luna sobre el mar, cuyas aguas repetían su resplandor tibio y siniestro; bandadas negrísimas de grajos revoloteaban en torno de los peñascos, donde acostumbraban pasar la noche, y sus graznidos, que mil ecos transmitían, nos helaban de espanto, mientras sobre el valle íbase tendiendo, como una vasta y sombría sábana, la niebla, que ciñendo el pié del monte lentamente subía del río. En todas partes soledad y silencio: los desiertos corredores del monasterio retumbaron con nuestros pasos, y á lo lejos brilló la luz con que el pobre guarda de aquella casa salía á guiarnos en medio de la oscuridad.

Triste y meditabundo sentéme á un balcón, que dominaba el derrumbadero que baja hasta el Llobregat; y como buscando un alivio á mi frente que ardía, apoyéla en el frío hierro de la baranda, y largo tiempo pensé en lo que ha sido. Sin percibirlo, fijóse mi vista en los fantasmas nebulosos, que silenciosamente iban prolongándose desde el abismo; no sé qué vértigo se apoderó de mí, pero parecióme ver figuras sardónicas que me sonreían, y rostros tristísimos que me miraban con ojos atónitos.

populares y característicos, y en armonías sentimentales, nuevas y profundas (a).

(a) En la actualidad subsiste esta escuela.

Pasaban la niebla, y pasaban ellos; y mi alma creyó ver una legión de espíritus en marcha. El vapor pegábase poco á poco á los arbustos y á las rocas, y con frío abrazo envolvía los pardos



MONTSERRAT

ANTIGUO MONASTERIO DE SANTA CECILIA

colosos de los riscos; los débiles rayos de la luna quebrábanse en aquella masa transparente, y á través del vislumbre siniestro oscilaban las sombras de los peñascos como los genios malignos de la montaña. No temblaba abajo una hoja en los sauces de la orilla: caía poco á poco el rocío helado y silencioso;—algu-

nas sombras saltaban como gnomos por entre la niebla, y en los trémulos reflejos del agua sonreíanse sílfides de oro.....

Un murmullo hondo y continuado alzabase del fondo y llenaba los espacios; y apoderándose de mi oído, robó la atención de mi alma, y adormeciéndome entrecerré los párpados.

De súbito una imagen funesta cruzó por mi mente; rojos colores de fuego surcaron el horizonte, y un són de voces vagas y misteriosas salió de las rocas y del abismo.

VOZ DE LAS AGUAS

«La luna ya va declinando, y las estrellas palidecen. Esta es la hora en que las sílfides y los genios abandonan sus mansiones no pisadas de hombre,—sus aposentos de cristal al fondo de las arenas de oro, ó sus palacios de plata dentro las gotas de rocío que resplandecen en el seno de las flores silvestres. Levántate, hermano mío, ¿no me oyes? Esta es la hora.»

VOZ DE LA MONTAÑA

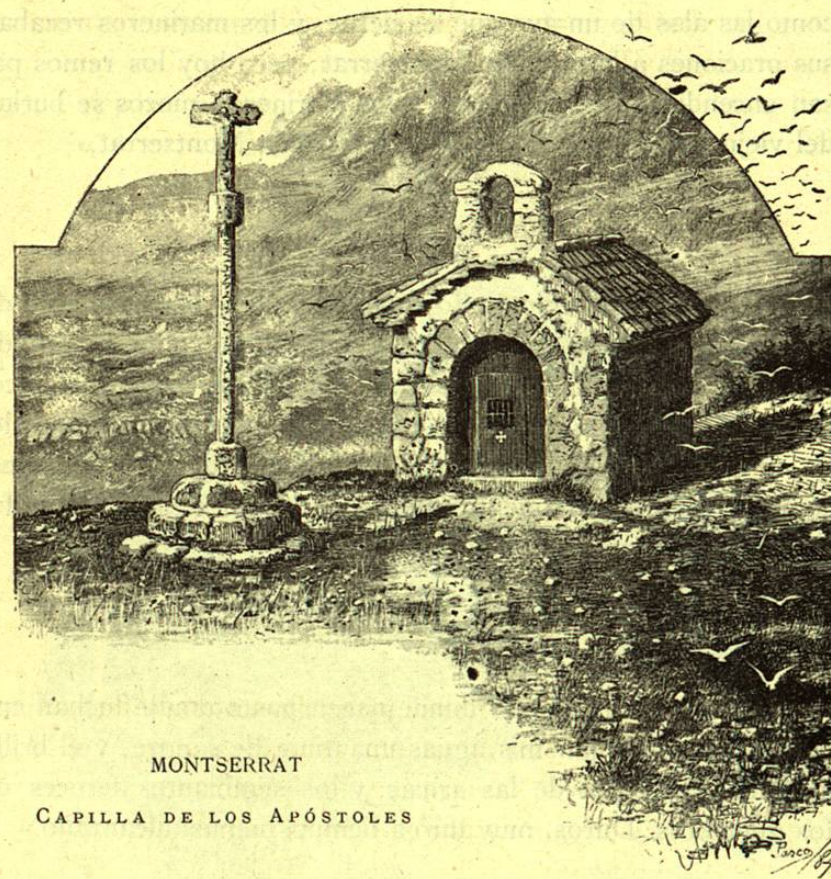
«Bien te oigo, hermana mía; pero mis oídos, acostumbrados al nocturno canto del coro y á las armonías del órgano, no aciertan á distinguir las horas por el canto del buho posado en la peña, ni hay para mí colores en la mañana, pues me falta el rezo matinal de los sacerdotes.»

VOZ DE LAS AGUAS

«Ni para mí tiene el año estaciones, pues mis ondas no reflejan ya las cruces y pintadas banderas de los romeros, que subían al templo de la Virgen cuando el mayo cubre los campos de flores; ni asomo tímidamente la cabeza á gozar del regocijo de los que, tras las pálidas espigas y por los verdes pámpanos, pasaban el puente de Monistrol cantando loores á la Virgen.»

VOZ DE LA MONTAÑA

«Duros, muy duros tiempos hemos alcanzado. Reinas subían descalzas hasta el santuario (1); Reyes dejaban su corona



MONTSERRAT

CAPILLA DE LOS APÓSTOLES

á los piés de la Virgen; ciudades la invocaban en sus trabajos, y mis ecos todos resonaban con el són regocijado del nombre de María.»

(1) La reina D.^a Violante, esposa de D. Juan I, á 29 de Octubre de 1387 subió descalza de Collbató al Monasterio.